

Asociación Medalla Milagrosa

Carl L. Pieber, C.M.

Subdirector General AMM

Introducción

James Foley, decapitado por el Estado Islámico (ISIS) el 20 de agosto de 2012 era periodista y poeta. El escribió una vez:

“Arroja un guijarro al agua: solamente un chapoteo y desaparece; pero hay cincuenta ondas formando círculos una y otra vez, extendiéndose, extendiéndose desde el centro, fluyendo hasta llegar al mar. Y no hay forma de decir dónde va a estar el final”.

Cito este poema porque habla con mucha precisión sobre la Medalla Milagrosa, la Asociación y el carisma de San Vicente de Paúl. ¿Qué efecto onda podía tener una medalla con la imagen de María Inmaculada, en una ciudad, en Francia o en el mundo? Sin embargo, lo que inicialmente fue llamada la Medalla de Nuestra Señora de Gracia llegó a ser la “Medalla Milagrosa” de las gentes, en 1836, y en 2015 por las Asociaciones nacionales establecidas en 45 países, con millones de personas llevando esa medalla.

La historia de esa medalla suena en el corazón de cada Vicenciano como otra indicación de las bendiciones de Dios sobre la doble familia, al principio, y, más tarde, como el fundamento de múltiples organizaciones que siguen el carisma de servicio y amor de los pobres de San Vicente de Paúl. Ciertamente, el amor especial que María indicó que tenía por Vicente y las dos Congregaciones, el llevar la medalla miles de personas, y sus preguntas con relación a sus orígenes con los pobres, puede implicar que esta medalla tiene un efecto positivo sobre la propagación del carisma de Vicente, para iniciar nuevas fundaciones y comunidades de amor y servicio a los pobres.

Porque la medalla, como indicaron sus primeros portadores, cambió sus corazones (conversión) y aumentó su fe (evangelización). Nosotros, que reivindicamos el carisma de San Vicente, debemos llevar esta medalla de conversión y evangelización. Con esta medalla, los pobres pueden reconocer inmediatamente nuestra conversión y evangelización y mirarnos para amarlos y para servirlos

La historia de la Medalla Milagrosa y su Asociación comienza con una hermana francesa, una Hija de la Caridad, en París, Francia, en 1830. Porque muchos pueden no conocer esto, lo resumo brevemente aquí. Si estás familiarizado con la historia de la Medalla milagrosa, por favor, pasa página a la siguiente parte de este artículo, la Asociación Medalla Milagrosa y el Carisma de San Vicente de Paúl.

Historia de la Medalla Milagrosa

Zoé Labouré nació el 2 de mayo de 1806, una niña francesa de aldea. Cuando tenía 23 años, entró en el grupo católico de mujeres llamado las Hijas de la Caridad, en enero de 1830. Tres meses más tarde, llegó a ser miembro oficial, entrando en el Seminario con el nombre de Catalina.

Catalina Labouré recibió la Medalla Milagrosa de María, la Madre de Dios, en el verano y otoño de 1830, durante dos apariciones. La primera aparición a Sor Catalina Labouré ocurrió en la noche del 18 de julio de 1830.

Mientras dormía en la estancia superior con las otras hermanas jóvenes, fue despertada, en torno a las 11 de la noche, por un niño de unos cinco años de edad, vestido de blanco. “Vamos, levántate” – dijo el niño –, que llevaba una lámpara. “María te está esperando en la capilla”. Llamó a Catalina tres veces para que se levantara. Catalina observó que ninguna de las otras hermanas estaba despierta. Sin embargo, la luz en torno al niño era brillante y viva. Catalina se vistió rápidamente y siguió al niño, bajando por la escalera circular de madera. Vio que todas las lámparas de las paredes estaban resplandecientes de luz. Cuando llegó a la capilla, se encendieron todas las luces que la recordaban la Misa de Medianoche.

El niño la llevó hasta la silla del Director, en la parte delantera de la Capilla. Pronto escuchó el susurro, como de un vestido de seda en una brisa, y allí, delante de ella, estaba la Virgen Madre. Sentándose en la silla, María puso las manos de Catalina en su regazo. Hablaron durante dos horas.

En esta conversación, la Virgen Madre dijo a Catalina muchas cosas; señalaré dos que son importantes para nosotros. María dijo a Catalina que Dios tenía una misión especial para ella. Y María dijo que ella misma tenía un amor especial por las dos Congregaciones de San Vicente de Paúl, que procuraban un cuidado especial por sus hijos, los pobres.

La segunda aparición de la Virgen Madre a Catalina Labouré ocurrió en la noche del 27 de noviembre de 1830. Hay dos momentos en esta aparición.

Aquella noche, mientras Catalina hacía la oración vespertina con las otras hermanas, María se le apareció en la capilla, en París. Las otras hermanas no vieron a la Virgen Madre, pero comprendieron que algo estaba ocurriendo por la gran claridad que había en la capilla.

Sor Catalina dice que María apareció primero sosteniendo un globo. Apareció con un vestido blanco y velo. María dijo que ese globo representaba al mundo entero, por el que ella constantemente imploraba del Señor su ayuda.

Santificado por Su Redención, el globo representa el Cuerpo Místico de su Hijo Jesucristo, a quien ella entrega a Dios así como ella dio

a Jesucristo al mundo. El mundo todavía necesitado, María entrega este cuerpo a Dios, implorando gracia y auxilio a todos los que le piden ayuda.

De esta aparición, María toma el título de Virgen Poderosa o en latín “Virgo Potens”. Ella es nuestro modelo eterno y más perfecto de vida en y con Dios.

En esta segunda parte, de esta aparición del 27 de noviembre de 1830, cuando Catalina miró de nuevo, María es vista como aparece hoy en la Medalla Milagrosa. Esta es llamada, a veces, la tercera aparición.

De pie sobre el mundo, aplastando la cabeza de Satanás, el demonio, nos recuerda el versículo del Génesis 3,15: *“Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su linaje (Jesucristo) y el tuyo; él te aplastará la cabeza mientras acechas tú su calcañar”*.

Durante esta segunda parte de la aparición, Catalina vio en torno a ella las palabras de la famosa oración de la Medalla Milagrosa: *“Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a ti”*.

El fulgor en torno a ella se cambió en rayos de luz que caían de algunos de sus dedos. *“Estas son las gracias que fluyen para las personas que piden favores de Dios”*, dijo María. *“Estos dedos donde no hay luz, representan gracias que nadie ha pedido a Dios. Ven al pie de este altar y, con confianza, pide a Dios, por mi intercesión, estas gracias”*.

Y, al volverse María, Catalina vio la cruz elevándose desde la M grande, representando a María al pie de la cruz. Debajo estaban el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María. En torno a todo esto había doce estrellas que representan los doce Apóstoles y las doce tribus de Israel.

María pidió entonces a Catalina: *“Haz acuñar una medalla según esta imagen. Da esta medalla a todo el mundo. Todos los que lleven esta medalla en el cuello recibirán eternamente gracias especiales de Dios por mi intercesión”*.

En 1832, se acuñaron y se promocionaron más de mil medallas. En 1836, llevaban más de un millón de medallas los devotos fieles de María. Y el pueblo proclamaba: *“Esta es una Medalla Milagrosa”*. Y la Asociación comenzó a partir de aquellos que llevaban la medalla. La formalización de estas asociaciones en una Asociación llegó con el documento, Dilectus Filius (Hijo querido) firmado por el Papa San Pio X, fechado el 8 de julio de 1909.

Reflexiones sobre las Apariciones

Hoy, también nos pide María venir a este altar. El uso de la palabra “altar” puede ser también un símbolo de la Santa Misa, donde se celebra la muerte y resurrección de Jesucristo, carne y sangre de María, su Hijo. También nosotros somos invitados a ofrecernos a nosotros mismos a Dios, en la Misa, y pedir al Señor, por medio de ella, lo que

necesitamos. “Venid a este altar” debe recordarnos el mandato más importante dado a nosotros por María, que estuvo en las Bodas de Caná: “Haced lo que él os diga” (Jn 2,5).

Por María, toda la humanidad dijo “sí” a Dios, entrando en su vida (exactamente como el “no” de Adán y Eva representó a toda la humanidad). María nunca dijo “no” a Dios y Dios nunca dice “no” a María. Su petición siempre es respondida.

Eso es porque María se considera la más pequeña de todas las personas humanas. De todas las mujeres antes de ella, de todas las mujeres que vinieron después de ella, incluso de todas las mujeres que vendrán después de nosotros, Dios la escogió a ELLA – María. Ella es, por tanto, verdaderamente, una persona singular y extraordinaria que, con la plenitud de Dios, es poderosísima para nosotros y nuestra intercesión. En su respuesta al ser escogida, en su “sí” en la Anunciación, comenzó la redención de su Hijo Jesucristo.

El carisma de San Vicente de Paúl y la Asociación Medalla Milagrosa

El reto de nuestra Asociación es vivir el mandato que María nos dio, que abarca el carisma de San Vicente de Paúl. “Venid al pie de este altar”. “¡Vete a la Eucaristía: ora! Y Dios te convertirá y te evangelizará para el pobre”.

Esta conversión significa, en primer lugar, que debemos vaciarnos de nosotros mismos para que Dios pueda actuar en otros a través de nosotros. Es la Eucaristía la que nos vacía o nos convierte a la muerte y resurrección de Jesucristo, haciéndonos pobres, como María y Jesús. Sólo entonces, desprovisto de uno mismo, podemos comenzar a amar a los pobres y servirlos. Nuestros corazones han sido cambiados.

En segundo lugar, María nos mandó: “Dad esta medalla a todo el mundo. Los que la lleven recibirán muchas bendiciones”. Solo los que la lleven pueden ser evangelizadores, los que traen la buena noticia a los pobres. Solamente el tocar o sentir la medalla le da a uno la fuerza del celo de Dios por los pobres.

Este es un celo nacido del corazón y el amor como se muestra en los brazos abiertos de María en la medalla. Estos brazos abiertos mendigan abrazar a la persona. Estos brazos abiertos nos recuerdan el amor divino, encarnado para cada uno de nosotros. Este es un amor incontestable, invencible.

Armados con esta medalla, con tal amor, cada persona que encontramos es amada y elevada. No hay pobre a quien no podamos amar y servir. Llevando la medalla, no serás rechazado por el pobre.

Recientemente, en noviembre de 2014, en la Asamblea Internacional de la Asociación de la Medalla Milagrosa, los miembros de todo el

mundo reflexionamos en este reto, sobre todo a la luz del “vicencianismo”, el amor al pobre. De su oración y reflexión escribieron la siguiente declaración que sintetiza lo que se ha dicho antes:

“La Medalla Milagrosa es una gran fuerza evangelizadora y transformadora para todos los que la llevan con fe. Venir al pie del altar a recibir abundantes gracias de Dios, a través de María, nos fortalece en un mundo hambriento de justicia y de misericordia”.

Desde 1909, nosotros, miembros de la Asociación Medalla Milagrosa, plenamente conscientes de María como Madre nuestra, promovemos la petición de María a Catalina Labouré en 1830, de llevar esta medalla con su imagen. Con este regalo de Dios, por medio de María, damos la medalla a todos a través de nuestro ministerio, especialmente a los pobres, a los enfermos, a los sedientos, a los hambrientos, a los desposeídos, a los oprimidos, a los encarcelados y a todos los que buscan el Reino de Dios (Mt 25,31-46). El fruto de este ministerio es un amor más profundo de Dios, experimentado en los pobres, que nos evangeliza para recibir más plenamente a Dios, impulsándonos de esta manera a la creatividad, hasta el infinito, en nuestro ministerio.

La Asociación entiende su misión no sólo a los pobres, sino a los otros miembros de la Familia Vicenciana. Es la medalla la que los llama a colaborar, trabajar, y llevar el único ministerio de la medalla, que es oración, y cualquier proyecto o misión que se presente para ayudar a los pobres. La Asociación misma tiene muchos ministerios para los pobres, que van, desde la oración a las visitas, y a las despensas de comida, por mencionar solo algunos.

El “tiempo actual” ofrece grandes retos a la Asociación. La secularización del mundo aleja a las personas de María como innecesaria para la vida y la salvación. La oración es estimada inútil como una repetición carente de significado. La tecnificación del mundo, desde los móviles hasta los medios de comunicación social, hace que las gentes deseen ardientemente satisfacciones momentáneas en un encuentro o reunión impersonal. Incluso los pobres tienen móviles como una señal de su dignidad humana.

Frente a tal oposición, la Asociación mira a su Madre como debe hacerlo para pedir ayuda. La historia del querido Alfonso Ratisbona, de su conversión del Judaísmo al Catolicismo, y la Medalla Milagrosa, les empuja a creer en el trabajo de su Madre, la Virgen María.

Imbuidos con esta fuerza, deben llevar a las personas con recursos, y a los pobres a los que sirven, hasta los brazos abiertos de María, delante de su Medalla. Sólo ahí puede ocurrir la conversión y comenzar la evangelización.

Como lo ponen elocuentemente de manifiesto las palabras finales de su proclamación común, nunca se cansarán o lo abandonarán a medida

que profundizan en el amor a María que les envía a los pobres. Es ahí donde ellos llegan a llenarse del Espíritu Santo. Como María les dijo: *“Venid al pie del Altar para llenaros de las Gracias de Dios a través de mi intercesión”*. Llena del Espíritu Santo, la Asociación da vida a los pobres y Cristo al mundo.

“Oh María sin pecado concebida rogad por nosotros que recurrimos a ti”.

Traducido del inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.